

EL CEREBRO EN NUESTROS ÚLTIMOS AÑOS

JOHN PFEIFFER

Autor de la obra
El Cerebro Humano

No tenemos pruebas de que nuestras más preciosas facultades se pierdan cuando envejecemos, no obstante, el cerebro cambia —como otros órganos— con la edad, aunque algunos cambios lleguen muy paulatinamente. Los cambios más evidentes afectan la movilidad del cuerpo. Se habla mucho de que los reflejos se hacen más lentos a medida que pasan los años, y se considera que ello es más notorio en los atletas, pero ese concepto tan difundido no está apoyado por sobre pruebas fehacientes. Aunque existe un retardo mensurable, este no basta para caracterizar lo que ocurre. Se supone que Joe Louis, por ejemplo, ha perdido los reflejos que gobernaban su golpe de knock-out y su rapidez en el ring, pero las reacciones del ex-campeón de peso pesado son tal vez igualmente vivaces hoy, como en sus mejores días. A los conductores de automóvil se les toma examen de donde deben aplicar los frenos cuando destella una luz roja, y la respuesta suele tener lugar en una fracción de segundo. Lo curioso es que las personas de edad madura reaccionan tan rápido como cuando cursaban los primeros años de universidad.

Lo que acontece —y se confunde con retardo de los reflejos— es algo muy diferente. Supongamos que usted se enfrenta con tareas diversificadas y no sencillas, cuando se enciende la luz roja, debe oprimir los frenos, cuando se enciende la verde, debe dar más nafta al coche, cuando suena una campana, bajar el embrague. Bajo estas condiciones, se ponen de manifiestas las características de un sistema nervioso envejecido. El adolescente está preparado para varias líneas de acción, y pasa rápido de una a otra. Las personas de más edad son más lerdas, más vacilantes, para tomar una determinación urgente; les resulta más difícil prepararse para respuestas diversas. Esa es la razón fundamental de la pérdida de eficacia de Joe Louis en el ring y de la salida de Joe Di Maggio del equipo de los Yankees.

La edad puede afectar también al cerebelo —el ovillo de cuerda unido al neuroeje en la parte baja y posterior de la cabeza—. Este es el centro nervioso que hace posible que nos mantengamos equilibradamente, entre otras cosas. El año pasado, durante mis vacaciones en Maine, encontré a un caballero anciano que contemplaba pensativo una abrupta escarpa. Conversamos y me refirió que había trepado al risco muchas veces cuando niño. Ahora solo el pensarlo lo amedrentaba; y así debe ser. En nuestros últimos años —al menos— la discreción es la mejor parte del valor.

Las personas de más edad tienden a ser conservadoras en sus ideas, y esa actitud suele fundamentarse sobre sólidos principios de autoconservación. Marchan inseguros en la oscuridad o cuando bajan

una escalera, en cambio los niños caminan balanceándose despreocupadamente sobre las barandillas, las cercas, los andamios u otros lugares igualmente inaccesibles para sus padres, quienes cumplían las mismas proezas cuando eran jóvenes. Los padres, por tener alteraciones en el cerebelo y quizás también en otros centros, se imaginan en las mismas precarias situaciones (acaso con una pizca de envidia). Palidecen y castigan, o tratan heroicamente de no intervenir.

El cerebro sufre otros cambios que aún no han sido bien estudiados. Por qué mucha gente madura se hace cada vez más reacia a conservar su estado físico? Por qué los emocionan menos los deportes que solían estremecerlos en la juventud? Por qué se hacen más cautos? Tales cambios forman parte de lo que se llama impropriamente "reflejos retardados" y revelan cambios en el sistema nervioso y en el resto del organismo que solo podemos enunciar: no los comprendemos. Sabemos que no necesitan presentarse tan pronto ni tan rápido como suelen hacerlo. Cada uno de nosotros tiene algún amigo que, no obstante su avanzada edad, anda con la actividad y el entusiasmo de las personas mucho más jóvenes.

Las cualidades mentales más altas son las más lentas para cambiar. Las personas que se aproximan a los 50 años, comparativamente con los de 20, tienen una capacidad de aprendizaje que oscila entre el 85 y el 95%, y con frecuencia la aptitud para aprender se mantiene con niveles muy altos hasta el fin de la vida. La memoria de los hechos acaecidos en la infancia parece en muchos casos mejor que nunca, aunque es un hecho bien conocido que el recuerdo de los acontecimientos recientes puede ser menos bueno. Las ideas nuevas y originales surgen con más facilidad en la juventud, pero la edad suele llevarlas hasta la expresión más rápido para salir pronto del lugar. Los gatos que no nos dejan dormir con sus maullidos, los anfitriones que nos brindan la bienvenida, o quienes nos atacan, nos perturban de diversas maneras y grados. Con frecuencia experimentamos emociones placenteras cuando el restablecimiento del equilibrio biológico nos solicita prolongar o perpetuar determinadas circunstancias. Restablecido el equilibrio, la emoción —agradable o desagradable— ha cumplido su cometido y cesa, como la batería antiaérea cuando ha terminado la incursión enemiga. Saboreamos una buena comida mientras la comemos; después quedamos simplemente satisfechos. En otras palabras, gozamos de calma transitoria mientras esté en cero el indicador. Todos nuestros proyectos, los descubrimientos científicos y las creaciones artísticas nos producen breves "estaciones de satisfacción", y la vida es una sucesión de etapas de equilibrio.